

Archivo de Teófilo
BIBLIOTECA MUSEO PANIA
"MILFORD RAYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA PAGINA

¡Antros negros del pasado, pórticos de la duración, sin fecha sombría é incommensurable!

Cielos anteriores al hombre, caos, mundo terrible y lleno de seres prodigiosos.

¡Bruma espantosa en donde los preadamas aparecían, en pié, en la sombra sin límites, ¡quién podría sondearos, abismos de tiempos desconocidos!

El pensador, que al igual de los pobres sigue con los pies descalzos, por respeto para aquél que no se vé, marcha y escarva la profundidad y el origen de las edades; escarba y busca más allá de los colosos; más lejos que los hechos de los cuales el cielo es testigo ahora; llega palideciendo á las cosas sospechadas y encuentra levantando tinieblas de años, y capas de dias de mundos, de nada, los siglos monstruos, muertos bajo los siglos gigantes, y es así como piensa en el fondo de las noches el sabio cuyo rostro ilumina un reflejo del abismo.

Vé después, que el mundo empezó por ser horrible y que antes que la frente se levantara al beso del espíritu; antes que dominando al animal y á la planta, el pensamiento habitase la pupila espresiva, y que Adán, conduciendo por la mana á Eva, apareciese, el bosqueje hormigueaba en la naturaleza ardiente.

El *pulpo* de antenas nudosas, el *torpedero* de estrellada forma; inmensos gusanos voladores de alas anguladas; altos mamudes velludos nacidos en los limos negros, turbaban las ondas de los rios ó levantaban sus trompas sobre los montes; por entre enmarafiamiento de las selvas inundadas; co-

rrían los mil pies, largos de quinientos codos.

Volbosas gigantes se torcian á través de los glaucos oceanos; el sér era espantoso, la vida era deforme.

Arrastrábase por doquiera, lo impuro, lo horrible, lo obscuro, lo enorme.

La gusanería habitaba el globo en completo desorden

El hombre no existía aun; Díos no queriendo dar ese espectáculo al alma humana

En ese lúgubre y feroz dominio, Satán pasaba, como un cazador, que hace oír su cuerno robusto.

Más allá de este tiempo el mundo era más sombrío aún, presentando el universo el aspecto de una silenciosa humareda y como se tienen pájaros aprisionados en la mano cerrada, el horror tenía cautivos al germen y al elemento.

Un todo que no era nada vivía confusamente.

Apariciones flotaban sobre lo insondeable en el fondo de esta extraña y formidab'e bruma, como si el abismo— aunque nada fuese castigado aun — pretendiese sepultar al infinito.

En los reflejos de las visiones fúnebres, se

veían abrirse y cerrarse las gargantas de las tinieblas.

Por doquiera aparecía, hecha con obscuridad, la faz de la nada; siendo á intervalos el fondo, lo que era la sima; y como una nube se posa sobre un abismo, en esta sombra por do rastreaban las larvas de los cataclismos, el monstruo Noche se cernía sobre la bestia Caos.

Entonces Dios levantándose dijo á la sombra: Soy yo"

Esta palabra creó las estrellas innumerables.

Y todo esto pasó como un sueño de muchos años.

Noé se hallaba abstraído; el cielo cubierto de nubes; allá á lo lejos se oían cantos y el ronco vocear de los seres desgraciados á quienes un soplo iba á doblegar.

De pronto una nube dejó caer una gota de lluvia sobre la frente del patriarca, entonces Noé, seguido por los suyos, entró en el arca.

Dios pensativo, corrió por fuera el cerrojo.

El mal se había filtrado en el hombre; ¿por donde? por el idolo; por la áspera abertura que ahonda un culto horrible en el alma humana, tenebrosa entonces.

Esos tiempos negros adoraban al espectro Isis-Lilith, aborto infernal, monstruo mujer, imposible que Satanás hiciera con la sombra para que Adán gustase la hiel antes que dulzura alguna y el beso del abismo antes que el del cielo.

Los cuervos la rodeaban con sus vuelos angulosos.

Los hombres le llamaban suerte, fortuna, ananké.

Su templo no tenía entradas, su sacerdote siempre enmascarado

Bebía sangre en el bosque solitario, tenía altares espantosos y la tierra soportaba esta abyecta y doble obscuridad:

Abajo, la idolatria; en lo alto la fatalidad; de modo que todo era duelo y temor de tiempo atrás.

El justo—uno solo quedaba—esperaba la muerte santa como un cautivo espera el término de su sentencia.

El tigre en su caberna y el tope en su agujero, habían dicho y repetían.."

"El hombre comete crímenes."

Un vapor negro subía á los grandes cielos; humareda de espesas olas formada por las acciones sombrías.

El azul, perdiendo sus rayos puros, por

instantes parecía lleno de horribles telarañas, en las cuales el aracnida humano hubiese aprisionado á las estrellas, porque en esos lejanos tiempos, velados por las tinieblas, en que la naturaleza y el hombre se hallaban confundidos aún, en el eter los crímenes se esparcían cual desastres y los vicios llegaban hasta el cielo á extinguir la luz de los astros.

El mal salía del hombre y subía hasta Dios.

El carro del crimen llevaba sangre hasta las yantas; el asesinato, el atentado, las lividas lujurias reían, bebían, cantaban, reinaban.

Los hijos ávidos, soplaban, sobre sus padres, como sobre una flama.

Lo que la muerte, sentada en el dintel negro de la tumba, veía de horrores, hacia hablar á esta muda.

La lechuza huía espantada de la noche en que yacía el corazón humano.

La ignorancia indignaba al asno.

Las cobardes celadas, los dolos y las traiciones avergonzaban á las serpientes.

Mirando Dios que el hombre había llenado su alma inmunda de abismos, dijo al antro: "llena el mundo!" y la urna del antro

se inclinó entonces y vertió su cólera: el día huyó instantáneo y todo lo que vivía y marchaba fué noche.

Eva muerta se estremeció en su tumba profunda

Después todo había desaparecido; la onda subía sobre la onda.

Dios leía en su libro y todo fué destruido.

En el cielo, por momentos, se escuchaba el ruido que harían las hojas de un registro que se vuelven y se examinan; el abismo únicamente sabía, en su siniestra bruma, lo que había sido del hombre, de las voces, de los montes,

Las copas de los cedros se unían en las ondas á las algas marinas.

Las olas entraban y salían en las cavernas de las bestias, abiertas en las otras montañas.

Las aves, fatigadas, caían unas después de las otras.

Bajo este mar, rodando por todos los horizontes, durante algún tiempo se habían distinguido casas, ciudades, palacios deformes, fantasmas de templos, cuyas cúpulas hacían temblar las olas; después el angulo de los frontones y la blancura de los corni-

samientos habían desaparecido en el fondo de las aguas en pliegues confusos.

Todo érase borrado en el horror del abismo sombrío

La cúpula líquida subía hacia una bóveda de sombra.

Por momentos, bajo el granizo, allá á lo lejos se podía ver pasar sobre el lívido horizonte un cofre negro; se hubiera dicho un ataúd flotando en esta tumba.

Los torbellinos bramando rodaban la espuma en tromba.

Resplandores vibraban en la redondez de las olas.

No era día ni era noche, sollozos y sombra.

El viento no traía ninguna luz.

Parecía que el abismo había devorado á la aurora.

En los cielos, transformados en abismos indecibles, la luna y el sol se habían desvanecido.

La espantosa inmensidad no era más que una boca negra que sufría la lluvia con un ruido feroz.

La lluvia y el viento pasaban retorciéndose, en espirales monstruosas, se hubiera dicho que en medio de este abismo rugiente se oían los gritos del horror eterno.

De pronto el ruido se acalló, el viento plegó sus alas; sobre la más alta cima la onda enorme al fin se detuvo, porque el elemento conocía su misterio y su regla.

La última ola había ahogado á la última águila; después nada; en el inmenso Universo castigado no se vió más que al agua que se callaba en la sombra, habiendo terminado su misión; el silencio invadió la lúgubre extensión.

La tierra, esfera de agua, en el cielo suspendida, sin gritos, sin voces, sin movimiento, sin día, sin ruido, no era más que una lágrima inmensa en la noche.

En ese momento estando todo en lo insondeable, una fantasma apareció sobre la onda terrible; este gigante era tromba uracán y torrente; las hídras se retorcian en sus hojos transparentes.

Parecía aun lleno de la tempestad pasada; su cara de agua temblaba bajo sus cabellos de lluvia, y he aquí lo que la sombra espantada oyó.

Volviéndose el gigante hacia el abismo maldito gritó:

“Caos, vuelve á tomar este mundo!” una cabeza surgió de la bruma profunda; ciega, enorme, horrible, al otro extremo de los cie-

los, teniendo dos negros antros por ojos, y dijo:

“No lo quiero, diluvio!”

El diluvio:

“Vuélvelo á tomar.”

El Caos:

“Nó.”

Diluvio;

“Ha sido rechazado.”

Caos:

“¿Por qué Juez?”

Diluvio:

Por El.”

Caos:

“¿Por qué?”

Diluvio;

El gusano se ha deslizado en el fruto; el condenado de aquí ha puesto en la noche el mal en el corazón del hombre á través de la naturaleza; el hombre, entragado al error, á la impostura, ha descendido de vicio en vicio hasta el crimen. hasta ser vívora, y ha mordido; el talón del Señor. sintió el contacto, y esto es lo que ha hecho Satanás, que vive debajo de la tierra á Dios que vive en los cielos.

Este mundo por ser malo y negro, el

Sér Eterno lo deja caer; monstruo, tú puedes tomarlo una vez más.

Caos:

¿Por qué me lo quitó si tenía de volverlo á mi poder?

Diluvio:

Sobre los montes he rodado esta ola sombría y tonante.

Todo está muerto; he terminado; recibe en el fondo del abismo en que estamos, á este mundo.

Caos:

¡Mónstruos imposibles tengo ya, no quiero hombres!

El relámpago gritó:

¡Silencio! á los piés de Adonaf.

Y el Caos enmudeció en el abismo.

Y el arcángel que vela entre las dos columnas del dintel misterioso. lleno de ojos, que son astros, se inclinó bajo el azul no osando dar un paso, y dijo á Dios viviente:

“El Caos no lo quiere, y Dios exclamó: Consiento en que este mundo vuelva á vivir.

El agua bajó como una marea que se aleja de la costa, y las olas monstruosas descreciendo por grados, descendieron de los altos montes.

Sobre la tierra una voz dijo: ¡Clemencia!
El cráneo descarnado de la inmersión inmensa, apareciendo, el horror iluminó bajo los cielo á este cadáver sin aliento, sin forma y sin ojos; como también á las rocas, los valles y los bosques anegados que pendían en desordenado follage sobre su frente de mármol.

El antro, dó las negras sentencias en la sombra eran escritas, semejava la boca abierta, aún llena de gritos.

Los montes salían de la agua como una espalda desnuda.

Como la onda que se evapora en la cápsula de bronce, disminuye; así el océano se alejaba dejando lagos amargos.

Las pocas aguas que permanecieron, son ahora nuestros mares.

Todo lo que la ola pierde, la tierra lo gana.

La isla, agrandándose, se transformaba en montaña; los archipiélagos, prolongándose, llegaban á continentes.

Con su torso monstruoso, empujando los goznes giratorios, el diluvio cerraba sus invisibles puertas.

Las tinieblas dormían sobre las profundidades extintas y dejaban apenas distinguir

la osamenta del globo que las aguas descubrían lentamente.

De pronto, reverberando en la frente vaga de las cimas, un reflejo de sangre se deslizó en los abismos, y se vió en el horizonte húgubemente rojizo, surgir una luna roja, era el Sol.

Durante cuarenta días y cuarenta noches sombrías, la mar, dejando á descubierto espantables escombros, retrocedió, depositando el Arca en los montes cerca de Henochá, después este león, vuelto á su caverna, se acostó.

Dios permitió al sol lanzar su chispa; después un ruido, de la sombra universal; el día apareció; tomó su antorcha que palidecía y vino.

El viento, clarín de la aurora, volvió á soplar; un estremecimiento corrió de colina en colina; la inmensidad se conmovió sintiendo sobre ella un aliento; la montaña se rió, despertose el desierto y la yervita al borde del arroyo dijo: héme aquí.

Pero todo estaba feroz y siniestro aún.

Era en una tumba en donde se levantaba la aurora.

Después, nuevos días brillaron; la tierra

tornó á sér viviente, pero todo como antes volvió á estar lleno de espanto.

La sombra estaba sobre Babel, y el horror sobre Endor.

En la mañana, veíanse, cuando la aurora de su carcax de oro lanzaba á los astros sus blancas javelinas, hombres monstruosos sentados en las praderas; oíanse formidables voces, hablando; y se miraban gigantes yendo y viniendo por los bosques.

Entonces vivió Nemrod y como la enciua es más alta que los olmos, así él sobrepujaba con su enorme estatura las estaturas más altas.

Su abuelo fué Cam, el hijo de la risa infame, y cuya alma, Noé arrojara á la noche eterna.

Caín sentado, sobrepasaba á los colosos de pié y él de pié hacía prosternar á los colosos; en Africa dos leones le servían de lebreles.

Atlas y el Líbano salvaje con su cima negra, temblaban cuando tocaba la flauta en las calurosas tardes; á veces en la tempestad, habiendo sus vastas manos, trataba de asir al relámpago de pálidos ángulos, al paso; espantoso, lívido, saltaba de roca en roca y delante de él, el trueno huía como un insecto alado.

Si pasaba el huracán, le buscaba pleito.

Cuando fué viejo, Nemrod le dejó morir solo; habiendo reído como hijo, lloró como abuelo.

A estos gigantes, sucedieron nuevas generaciones de hombres en que disminuían las tallas de los cuerpos y aumentaba la talla de las almas.

El dominio infame de la fuerza en las selvas fué dominio con otro nombre, pero no menos infame con los pueblos.

El hombre creció inmenso en el crimen, no sirviéndole la leyenda del sombrío pasado, sino para avivar su empeño en sobrepujarle.